

cios compiten en lujo y gastos, ansiando atraer con ellos las miradas de los espectadores.

Durante las fiestas del Congreso de los Sabios, en 1847, el patricio *Tiocanelli* gastó él solo 800,000 *zandrigers*.

Aquí se ve una góndola del siglo XV como las que se ven en los cuadros del *Carpaccio* ó de *Juan Bellin*. Allá aparecen kaiks turcos con sus remeros medio desnudos; en otra parte juncos chinoscos, y así libreas de todas épocas.



Patio del palacio Salviati.

Distingúense entre las góndolas pequeños esquifes de cuatro remos, llamados *ballotine*, y otros de seis que llaman *malgherotte*. Despues los *bissone*, grandes barcas de ocho remos decoradas á la manera del tiempo pasado, y cubiertas con una especie de palio de gasa de oro y de plata, llevando en la proa ó popa trofeos de armas y grupos dorados que representan amores, sirenas, pájaros y floreos de todas clases. Estos *bissone* se llaman tambien *grosso-serpente*, gran

serpiente, por su longitud y estrechura, y sobre todo por su agilidad en serpentear en medio de los mayores embarazos; cosa esencial, porque estos barcos de ocho remos tienen por oficio preceder á los regateros y abrirles paso por en medio del concurso de barquillos que cubren el canal, obligando á la multitud á detenerse á lo largo de la orilla. Los jóvenes patricios que tripulan estos barcos, se arrodillan en ricos cogines en la proa y con un arco en la mano lanzan fle-



El canal Orfano.

chas doradas á los gondoleros que no se colocan pronto; graciosa manera de hacer policía sin entristecer con rigores las alegrías de la fiesta.

También se ve una imitación del Bucentauro aquella antigua nave de los dux, copiados de los antiguos kaiks de los sultanes. En una palabra, todo lo que la imaginación puede inventar para decorar un barco, se pone aquí en obra y cada corporación hace los gastos de una de esas *poetes* suntuosamente adornada con sus atributos característicos.

Los chizottes habitantes de la isla de Chioggia se hacen notar entre todos por sus barcos, sus trajes, su música y su hábil y especial manera de remar.

En fin, Venecia reaparece durante esta fiesta como era en su mas bella época: aun es esta la regata del tiempo de Enrique III, porque los trajes son los mismos en su mayor parte, como también los palacios con sus colgaduras bordadas de oro y plata.

¿No ois repetir también bajo el átrio gótico esos mismos nombres célebres en la esplendente historia de esta ciudad que valía ella sola mas que un reino? ¿No parece que se destacan de los cuadros todas esas bellas cabezas venecianas, cuyo tipo inmortalizaron el Ticiano y Pablo Veroneze?

Sí; siempre es el mismo pueblo, lleno de pasión, de habilidad y fuerza en sus juegos y placeres. Sí; todo el pasado se desenvuelve en el presente que nos rodea y prueba que nada se echó en olvido de la gloria de los mayores, y que el porvenir está aun prometido al fénix que ha de renacer de estas cenizas.

Un poco de aire, un poco de libertad á esta nación tan inteligente y la vereis avanzar á paso de gigante en el camino de la civilización; vereis á esa noble Italia volver á tomar su puesto providencial á la cabeza de los pueblos. En sus sublimes expansiones hácia la belleza, hácia la perfección, no está como otras naciones detenida por las resistencias fatales de la materia; tampoco tiene que sostener esas luchas mortales con un cielo enemigo y una tierra avara. Todo en esta bella naturaleza lleva á la poesía, á las artes, á los estudios, en fin, que levantan el espíritu y civilizan á los hombres.

Mientras que el alejamiento de los combatientes ha permitido á nuestro pensamiento estraviarse en sus recuerdos el fin de la carrera nos trae de repente á la actualidad. Hé aquí á los luchadores que reaparecen bajo el puente del Rialto, y llegan estrechándose de cerca: algunos muy separados, viendo toda esperanza perdida, van á ocultar su pesar á los pequeños canales solitarios. Escuchad los aplausos y los vítores: todas esas aclamaciones anuncian el momento de la victoria hasta en las estremidades del gran canal. Un esfuerzo mas y el vencedor coge la bandera roja. El segundo obtiene la bandera azul, despues viene la verde y últimamente la amarilla. En esta última ha-

bia bordado en otro tiempo un cochinillo que se daba en premio, en vez del bolsillo que acompañaba á las otras tres. Este cochinillo, dicen que era un recuerdo del tributo anual que el patriarca de Aquilea, hecho prisionero en un encuentro en la mar, se vió obligado á pagar por irrisión en cambio de su libertad: rasgo de carácter nacional, donde el inevitable epigrama halla siempre su lugar.

A la gloria de ser vencedor, á la de ser el héroe de todo un partido, añadamos también la dicha de hacer fortuna; porque además de los premios, el victorioso gondolero salta de barco en barco, recibiendo de los espectadores una lluvia de monedas. Por la noche y á la mañana siguiente hace todavía una colecta en los barrios de sus partidarios.

Despues de la regata, que tiene lugar á las seis de la tarde, cada uno vuelve á subir á su góndola y sigue la música que recorre el canal. Y hay tal confusión y una multitud flotante tan compacta, que los gondoleros no se sirven de sus remos mas que para resistir al choque de los barcos mas fuertes, y todo esto marcha no se sabe cómo, empujado por la corriente general.

Llegada la noche, el efecto es aun mas mágico: fuegos de Bengala rosados, verdes, violeta, blancos, iluminan con sus espléndidos matices estos palacios multiplicados por los reflejos del agua; realizando así esos cuentos de hadas, donde solo se ven palacios de esmeraldas, rubíes y zafiros. Añádanse á esta decoración todas las barcas que pasan por delante de estos focos resplandecientes y proyectan en sus fachadas sus gigantescas sombras; despues los armoniosos sonos de las orquestas, reproducidos por los ecos de mármol de esta ciudad sonora, esa bella noche de estío resplandeciente de estrellas, esas mujeres iluminadas fantásticamente por fuegos de color y que aparecen en los balcones para aspirar la brisa de la mar, la armonía, las miradas y las lisonjas de la multitud, y no creo que sea posible soñar un espectáculo mas poético ni mas bello.

El palacio Foscari.

Mientras se acaba la regata, visitemos el palacio Foscari, tan interesante por su belleza arquitectónica, como por los recuerdos históricos que representa. Fue construido á fines del siglo XIV para la familia Justiniana por el maestro Bartholomeo Buono, arquitecto célebre de aquella época.

Los Justiniani poseían también el vasto palacio que es de la misma fecha, del mismo estilo y sin duda del mismo autor.

En 1428, Bernardo Justiniano, hombre muy ilustre, lo vendió al Senado, que á su vez lo regaló al marqués de Mántua; pero poco tiempo despues, ha-

biendo vuelto al Estado, se le puso en venta otra vez, y entonces lo compró el dux Francisco Foscari. Este señor le añadió un piso á fin de cambiar el aspecto de la casa justiniana y tener el derecho de llamarlo palacio Foscari.

El palacio consta de un piso bajo y de tres superiores: las galerías del primero y del segundo están adornadas de balcones de mármol blanco y de ventanas en forma de trébol, de ese estilo mitad sarraceno, mitad gótico, cuya acertada reunión solo se encuentra en Venecia. Su aspecto general es imponente y sus grandes proporciones le hacen fácilmente *torregiare*, dominar las fábricas que lo rodean. Sus detalles son elegantes, las cuarenta y dos ventanas y puertas de su fachada con columnas de mármol rojo, negro y blanco, con sus chapiteles esculpidos, columnas y leoncillos de los balcones, hacen de él uno de los mas bellos palacios de Venecia, y lo sería por mucho tiempo aun, sino estuviera espuesto á deruirse mas bien por abandono que por vetustez. Sus puertas y ventanas arrancadas dejando paso al aire, á la lluvia, al sol, á los animales destructores, le dan un aspecto de desolación que contrasta duramente con su pasado lujo. Diríase que un reciente incendio ha destruido su interior. ¿Quién creería que estos aposentos desmantelados eran hace pocos años de la mas suntuosa elegancia? La mayor parte de los techos y paredes fueron pintados por París Bordone, excelente pintor, cuyas obras son hoy dia muy raras, por Ticiano que trabajó en él seis años, por Tintoretto, Pablo Veroneze y otros.

Los estucos del célebre Vittoria adornan aun todas las chimeneas, las puertas, los techos y las alcobas.

Pero entremos en ese desolado interior. La primera vez que penetré yo en él, iba solo: desde por la mañana recorriendo á pie todas estas callejuelas tortuosas (laberinto inmenso, cuyo secreto no he conocido, sino despues de dos años), me perdí un poco voluntariamente; porque mi objeto era registrar á derecha é izquierda, visitar todos estos interiores de patios, átrios, escaleras tan interesantes para un artista; elegir, en fin, algun rincón pintoresco, de tantos como hay en esta ciudad de las artes. Halléme delante de una puerta con reja de hierro, cuya forma ojival, esculpida, blasonada, dentellada, tenía un gran aspecto. La puerta, ¡cosa rara en Venecia! se abría á un vasto patio, cuyos dos lados estaban cerrados por una alta muralla almenada, y los otros dos por un palacio: esta era la entrada del palacio Foscari por la parte de tierra. Encontrando todas sus puertas abiertas, adelanté bajo el átrio ó vestibulo que se prolonga hasta el canal: en lugar de gondoleros, tapices, remos, solo encontré despojos por todas partes. ¡Pero qué color tan poético tenían aquellos muros,

alumbrados por el bello sol de Venecia, y qué aspecto aquel gran canal huyendo al través de las ventanas y de la *porta d'acqua*, las cuales se destacaban en vigorosa sombra sobre el brillante exterior! Era una verdadera decoración. La escalera que sube á la derecha me condujo á la galería del primer piso, abierto en sus dos estremidades sobre el canal y el patio. Admirando estaba yo desde el balcón aquella vista pintoresca, original y bella entre las mas nuevas y bellas, cuando llegó un gondolero mal vestido y de no buena espresión; gran mozo de cabellos rubios, verdadero tipo de ese bravo, cuyo retrato fantástico nos han bosquejado las novelas y melodramas. Por lo demás, vino á proponerme muy atentamente si quería que me *ciceronizara* en todos los rincones del palacio, lo cual acepté yo de buena voluntad.

Una visita al palacio Foscari.—El dux Francesco y su hijo.—Los últimos Foscari.

—Senor mio, me dijo el recién llegado, yo soy el encargado del palacio de Foscari; mi padre fue gondolero de Nicolo Foscari, y nacido en este palacio, aquí permanezco, ayudando con mis servicios á los últimos vástagos de esta familia, tan ilustre en otro tiempo y hoy perdida para siempre.

—¿Cómo! le contesté. ¿Todavía existen Foscari?

—Puedo daros todos los informes que deseéis acerca de ellos, porque tengo en mis manos los papeles de la familia: cartas del rey de Dinamarca, su pariente, de María Casimir y de muchos otros.

Diciendo estas palabras con aire de superioridad, me condujo á un aposento completamente desmantelado y abriendo un armario incrustado en la pared, me dejó ver un cúmulo de papeles desordenados: eran los títulos de la ilustre familia Foscari.

En 1297 comienzan los documentos auténticos de esta familia. Esta casa, originaria de Mestre, vino á Venecia en el siglo IX, y desde entonces empezó á dar tribunos á la república como lo refieren las antiguas tradiciones. Dicen que el apellido primitivo era *Foscherus*, familia célebre ya, que habia dado reyes á Sicilia y príncipes á otros Estados.

En 1122, el dux Domenico Michiel concedió á Giovanni y á Guglielmo Foscari entrada en el consejo de los Nobles; y cuando en 1211 los venecianos enviaron á Candía colonias de nobles venecianos á fin de asegurar la sumisión de los habitantes, hubo entre ellos tres Foscari.

Philippo Foscari fue el primer patricio auténticamente confirmado, cuando en 1297 el dux Gradonigo abolió el uso de elegir anualmente el Gran Consejo y decidió que los que formaban ó habian formado parte de él en los cuatro años precedentes, serian desde entonces miembros inamovibles. Al mis-

mo tiempo se puso en ejecucion la ley y propuesta diez años antes, la cual disponia conceder á todos los descendientes varones el derecho de formar parte del Consejo, aun viviendo sus padres. Tal es el origen de la oligarquía veneciana, en la que fueron comprendidos los Foscari. De aquí data el libro de oro

de Venecia, compendio auténtico de las inscripciones de la nobleza mas antigua que existe.

El último senador fue Francesco Foscari, el cual tuvo dos hijos, Nicolo y Philippo. Nicolo nació en julio de 1732 y no tuvo las prendas de un patricio. Nombrado primeramente embajador en San Peters-



Atrio del palacio Foscari.

burgo, tuvo que sostener su rango con su propio peculio, porque era costumbre no aceptar nada en servicio de la república; y como era muy rico y estaba hecho á la magnificencia, gastó en su misión enormes sumas.

Nombrado despues en 1792 bailío en Constantinopla, se ocupó tan poco de los negocios, que hubo de enviarse al conde Giacomarzi para dirigirlo; no quedando exactamente mas que el título, Francesco Vendranim le sucedió en 1796. Nacido en la opulencia, Nicolo Foscari murió en la miseria el 11 de agosto de 1811.

Philippo Foscari, que tuvo cinco hijos, dos varones y tres hembras, murió desconocido.

Los últimos miembros de esta familia completamente arruinada por la caída de la república, no po-

seyendo ya mas que este palacio y algunas tierras cargadas de hipotecas, se repartieron los despojos de estas nobles paredes: los retratos de sus mayores, los plafones pintados por Ticiano, Giorgione y Veroneze, los espejos, los pabellones, los cuadros y las esculturas, todo fue arrancado y vendido á vil precio á los habitantes de Ghetto.

Los vástagos de una familia tan poderosa, compitieron en destruir los restos de tan grandes recuerdos históricos. ¡Desdichados hijos degenerados á fuerza de miseria, de sufrimiento y servidumbre.

Entonces todos estos muebles, todo este lujo de la bella época artística, eran de un mérito desconocido. En medio del ruido de las guerras napoleónicas, se pensaba poco en los objetos de arte; y en Venecia el dinero estaba tan escaso que todo el mueblaje de

este palacio, que hoy seria una fortuna inmensa para sus propietarios, fue insuficiente para asegurarles el pan. Entonces, ¡oh vergüenza! aquellos desgraciados se hicieron los unos cómicos ambulantes, los otros cortesanos, la mayor parte se espatriaron, y solo

quedaron en el palacio dos míseras señoras que habían conservado un justo sentimiento de honor y no habían podido casarse.

Nada está tan próximo á la estrema miseria como el lujo estremado, porque éste imprime hábitos de



Pequeño canal Bernardo.

molicié incompatibles con la actividad intelectual, la única fuerza que sostiene los imperios.

La ruina general de Venecia, que data del descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza, es quizá la causa de que exista aun tal como estaba en tiempo de su esplendor. La depreciación, ó mas bien la imposibilidad de vender la mayor parte de sus lujosas habitaciones, de cambiarlas ó construir otras al uso

moderno, ha precisado á sus propietarios á conservarlas intactas; y ahora gracias al movimiento de las ideas, han comprendido que tocar á estos monumentos de las artes y de la historia es destruirlos.

Una de las primeras cámaras del palacio Foscari que yo visité, fue la que habitó Enrique III de Francia por espacio de siete meses, á su vuelta de Polonia; porque la República destinaba este palacio al